

Los libros en Europa

La mujer y el pelele, Pierre Louÿs. Edición de Ana González Salvador. Cátedra, Madrid, 2005, 217 pp.

Salvado del museo de curiosidades decadentes, Louÿs resiste al tiempo y vuelve a proponernos su variopinta modernidad. Los apócrifos de Bilitis se mezclan con la evocación prostibularia y litúrgica de la antigüedad (*Afrodita*) y la sátira del poder (*Las aventuras del rey Pausole*). Con todo, su texto más insistente es el comentado, que el cine ha traducido con cierta libertad, encargando el papel de la protagonista a señoras tan incomparables entre sí como Conchita Montenegro, Marlene Dietrich y Brigitte Bardot. Sin duda, el más cercano a Louÿs fue Buñuel con su *Oscuro objeto del deseo*.

El relato es una magistral descripción del proceso que podríamos denominar «denegación fálica». La mujer convierte al varón en pelele exaltando su deseo, proponiéndose como el deseo de ser deseada, exhibiendo la opulencia de su cuerpo pero rechazando la penetración, es decir cortándole simbólicamente el falo al asediante y transformándolo en un muñe-

co. A su vez, la postergación del encuentro convierte al pelele en un deseante insaciable, que paga por ser rechazado y denegado, a la espera de un imposible encuentro que lo satisfaga y mate su deseo, devolviéndole su calidad de varón.

La edición incluye unos textos preliminares generosos (115 páginas) donde se habla de todo un poco, con apretada documentación y, a veces, desde un abusivo feminismo. Es un volumen más de González Salvador que de Louÿs y en el cual lo que parece quedar claro es el poder de la mujer sobre el hombre objeto, el pelele que hace a la identidad femenina de la *femme fatale*.

La idea de Europa, George Steiner. Traducción de María Condor. Prólogo de Mario Vargas Llosa. Introducción de Rob Riemen. Siruela, Madrid, 2005, 80 pp.

Aprovechando la vastedad del tema y la estrechez del tiempo —una conferencia en el Nexus Ins-

titute de Amsterdam—, Steiner luce su ingenio y amena erudición, no ignorando que mucho hay que apretar para cumplir con el encargo. Su idea de Europa es más bien un sistema de imágenes: el café donde todos caben y hablan de todo, el paseo por caminos hechos a la medida del hombre, la preeminencia del pasado sobre el futuro (el privilegio del porvenir es americano), el diálogo entre las herencias pagana y judía, y la previsión de un final trágico, provisto por la naturaleza o el ser humano.

Todo transcurre bien, o sea sin que el lector tenga espacio para disentir. A veces, Steiner cede ante sus prejuicios y así es que considera el cristianismo y la utopía socialista como meras «notas al pie» (sic) del judaísmo. Igualmente, ve los Estados Unidos como un monótono paisaje desde Nueva York a California, de donde parte la «detergente marea angloamericana» frente a la cual la defensa continental europea debe luchar «por sus lenguas, sus tradiciones locales y sus autonomías sociales». Un lector español puede obtener penosas traducciones de estas propuestas, que parecen muy alejadas del cosmopolitismo steineriano y sí, en cambio, próximas a los partidarios de la Europa profunda, raigal, inmóvil y repetitiva.

Según sostiene Vargas Llosa en su prólogo, Steiner es capaz de seducir, estimular e irritar. Cada quien fijará las porciones. No dejan de ser virtudes en cualquier escritor. Contra el pesimismo apocalíptico del comentado, el comentador advierte que, con todas sus lacras, contradicciones y dificultades, Europa es hoy «el único proyecto internacionalista y democrático» del mundo, que se sigue desarrollando y se perfila como el solo factor de equilibrio ante la impar superpotencia sobreviviente de la guerra fría. Aparte del esplendoroso museo, Europa es, nada más y nada menos, esa idea convivencial que continúa avanzando hacia sí misma.

El círculo del arte. Una teoría del arte, *George Dickie. Traducción de Sixto J. Castro. Paidós, Barcelona, 2005, 154 pp.*

La continua revuelta de la objetividad artística obliga a una paralela revuelta de las teorías acerca de lo que es/no es artístico. Para sintetizar y poner orden en el debate, Dickie (Universidad de Illinois, Chicago) ofrece el presente texto que consigue, según lo dicho, sencillez y orden. Deja de

lado las tradicionales reflexiones filosóficas (el arte como imitación o como expresión) para enfocar el asunto con un criterio sociológico-histórico. El arte ha de considerarse conforme a los criterios de aceptación de cada época y cada sociedad, de modo que no se trata de estudiar su posible o inexistente esencia sino su devenir.

La conclusión de Dickie es que la obra de arte se caracteriza siempre por ser un artefacto, construido consciente o inconscientemente como tal y destinado a presentarse ante un público «del mundo del arte». Ambas notas suponen la existencia de instituciones como la enseñanza de la habilidad artística, el entendimiento especializado, la adjudicación de honores y, último pero no menor, el mercado del arte mismo.

Buena parte del libro está dedicada a la polémica con quienes cuestionan este enfoque institucional y, en especial, con las teorías de Arthur Danto, tan afortunadas y triviales. La teoría del arte hace posible el arte, según Danto, lo que equivale a decir que la teoría del objeto hace posible el objeto, o sea una generalidad elemental de todo conocimiento. Si Danto ha tenido la virtud oblicua de devolver la discusión al campo de la filosofía del arte, Dickie lo ha hecho respecto a la noción social e histórica del devenir artístico. El arte va siendo y

nosotros vamos sabiendo algo de lo que va siendo.

Los judíos en España, Joseph Pérez. Marcial Pons, Madrid, 2005, 357 pp.

El tema ha sido trajinado y Pérez, teniéndolo en cuenta, se propone hacer un estado de la cuestión y situarse dentro de la relectura histórica del fenómeno. En especial, le interesa disolver tópicos y poner, rigurosamente, las cosas en claro. Los judíos españoles no eran una etnia, tampoco una clase social, sino una comunidad religiosa que empezó a ser perseguida por los visigodos en el siglo VII. No se puede admitir la definición de los judíos españoles como quinta columna de la invasión árabe, ya que buscaron en los musulmanes apoyo para defenderse de la represión.

Así se advierte la presencia de judíos influyentes en las cortes de los reyes árabes como, luego, en las cristianas. La convivencia de las tres culturas tampoco convence a Pérez. En rigor, lo que hubo fueron tres culturas que se miraron sin tocarse, sin dialogar y sin secuelas mestizas. Una coexistencia difícil que se rompió con los matrimonios mixtos, de modo episódico. Tal vez

ni siquiera fueran tres sino dos, la cristiana y la mahometana.

Llega el núcleo de la historia con la expulsión en el siglo XV. La mayor parte de los judíos, que eran agricultores y pequeños propietarios, no se marchó y se convirtió al cristianismo, a partir de algunos grandes rabinos. La influencia intelectual y profesional de las élites judías se siguió practicando a través de los conversos, rodeada por la propaganda antijudía de la Iglesia con sus fórmulas consabidas: el pueblo deicida, la usura, el materialismo y la perfidia propia de la gente que ignoró al Mesías.

Pérez sigue la pista de los sefardíes y los intentos de recuperarlos, hasta llegar al franquismo y el régimen actual. Establece la necesidad de un balance crítico y lo cumple con equilibrio, claridad y buena economía documental. El texto, que puede ser abordado por el lector profesional o aficionado, resulta necesario.

Warum Europa? Mittelalterliche Grundlagen eines Sonderwegs, Michael Mitterauer. C.H. Beck, München, 2004, 348 pp.

Partiendo de una propuesta de Louis Dumont –la Europa del año 1000 era, básicamente, la actual– y

de la descripción de Max Weber –Europa es un encadenamiento de circunstancias–, Mitterauer se pone a explorar durante la alta Edad Media ese encadenamiento circunstancial en diversos campos de la vida histórica. Así, detecta una revolución agraria que va del Sur al Noroeste del continente y coincide con la paralela que sucede en la China. Se introducen nuevos cereales, nuevas formas de molinos, el uso del arado, la regulación de los huertos. La familia cambia de estructura, se torna extensa y ocupa villas rústicas diversas de las romanas. Coincide con las variantes familiares del mundo islámico y la reforma del confucianismo chino.

A su vez, el modelo de monarquía cambia con la dinastía carolingia, que se apoya en las villas, núcleo de futuras ciudades, y no en la gran propiedad, según el paradigma de los francos. Aquella estructura será imitada por todas las coronas europeas.

En lo religioso, es una época de fuerte reorganización eclesial: fijación de las estructuras, control de las jerarquías sobre los predicadores y misioneros. Se diseña la ortodoxia y se persiguen las herejías, que son la semilla de la crítica y la reforma de siglos posteriores. También se debate en los burgos, esbozo de futuros parlamentos.

No faltan los primitivos gestos de una cultura de masas, sobre